

M. P.-S.

Un nuevo gran poeta de Colombia: Rafael Maya

Elorece actualmente en esa tierra de escritores y humanistas que es Colombia, una nueva generación literaria que promete como ninguna otra generación prometiera desde la muerte de José Asunción Silva y la iniciación de Guillermo Valencia. Se denomina ésta generación la de 1925 porque en dicho año publicó Rafael Maya su «Vida en la sombra» y se dió a conocer ese muchacho curioso y errante que intercepta todas las extrañas T. S. H. del arte moderno, que se llama Jorge Zalamea. (El pequeño Zalamea que ya hizo su jira inaugural por tierras de México).

Casi ninguno de estos muchachos llega a los 25 años y traen a la literatura colombiana, con ese equilibrio que parece característico de un país donde se hacen tan apretados estudios clásicos como Colombia, valores de renovación. (Colombia no puede dejar de hablar en buen castellano y las reminiscencias clásicas ¡Oh el Latín y el Griego que se enseñan en el centenario Colegio del Rosario y en los institutos provinciales de Pamplona, Medellín o Bucaramanga, se mezclan a las truculencias y arlequinadas de Dadá!).

En la poesía, la voz de Rafael Maya, es entre todas las voces nuevas la que parece más clara y segura. Se le ha comparado con Paul Claudel por su diáfano helenismo, por el valor elemental que sabe darle a las palabras y por el soplo sostenido

de su inspiración. Como Paul Claudel, Maya está enamorado de los elementos y hasta los sucesos íntimos se aparecen a su poesía como sucesos cómicos. Tiende al adjetivo sustantivado, homérico.

Ya ésta frescura elemental se revelaba en su primer libro «La vida en la sombra», en medio de las inevitables descripciones y madrigalerías de todos los que comienzan. Pero algunos poemas de ese libro primerizo como: «Vera», «La muerte de Adonis», «Vida nueva», «El mundo flor», «Los desterrados» y ese espléndido canto «A los poetas primitivos», pueden ya quedar entre lo mejor de la poesía colombiana de todos los tiempos.

Posteriormente Maya se ha hecho más expresivo. Y su nueva manera culmina en este poema «Domus Aurea» que publica hoy «Atenea» y que un diario de Colombia, «El Expectador» de Bogotá, comentaba en página editorial como un suceso público.

Maya es de Popayán, la ciudad de Guillermo Valencia. Y frente a la poesía cristiana y gótica, trabajada en buril del autor de «Amarkos», Maya así se define:

—Rapsodia del ciego—
yo fui nauta griego.
Coronaba de rosas la prora
y el mástil erguía
entre la alegría
de los marineros bañados de aurora.

Mis ojos han visto
la tierra de Cristo.
Un vergel con sus anchos nopales,
la Virgen morena
que el cántaro llena
y el niño que agita los ramos pascuales.

.....
.....

Y ya cuando llega
la tórrida siega
cantarás las liturgias prediales:
la floral canasta,
y el buey, que en el asta
lleva una guirnalda de ramas cereales.

DOMUS AUREA

Como las casas de Israel
levantadas en troncos de palmera,
y en cuyos patios blanqueaban
los sepulcros de los patriarcas,
así te alzas, casa de mis abuelos,
sostenida en columnas de roble
y cruzada por vigas de pino.
La tierra en que te asientas
es buena, está abonada
con huesos heroicos,
y la riegan arroyos perpetuos.
Tierra para el pan,
tierra para el humo,
tierra para los bueyes,
donde se fabrican los hornos de arcilla,
donde se queman las maderas olorosas,
donde se labran los arados resonantes.
Así te alzas, casa de mis abuelos.
Eres fuerte
como las tablas de cedro
con que fueron vestidas tus puertas.
Eres buena
como las piedras redondas
que descansan en la tarde del sábado.
Eres justa
como tus aguas nativas
que se reparten en vertientes iguales.

Y eres ancha
como tus campos que transforman
en impalpables ondas de aire puro
el temblor de la hierba amarilla.
Así te alzas, casa de mis abuelos.

Una faja de piedra
te ciñe, y apareces
como un hombre que envuelve sus riñones
en la piel de las cabras montaraces.
Espesas higueras
que dejan filtrar el humo de los fogones
te rodean meciendo
sus follajes oscuros
donde resuena la lluvia de verano
como en las tiendas de cuero
improvisadas por una tribu bárbara.
En tus patios se escucha
por las mañanas el ruido de la cadena
arrancada a los brazos serviles
para subir el agua del pozo
que se condensa en neblina irisada
entre las hojas del brocal de ladrillo.
Rústicas vides,
enjoyadas de zarcillos húmedos,
trepan por tu techo hospitalario
vistiéndote de guirnaldas flotantes
como a la nave destinada
para celebrar las fiestas del vino.
Tus portales se abren
para que circulen las corriente aéreas
que transforman la luz y conducen,
como velas dormidas a lo largo del mástil,
las vagas formas del silencio.
Bajo tus aleros ahumados,
o al pie de tus escaños de piedra

se guarecen inocentes colonias
de abejas que distribuyen sus labores
entre el follaje matinal de los sauces
para volver, en la tarde,
como un pueblo que celebra con pifanos
su regreso a la patria,
hasta los huecos abrigados
donde la amargura de la tierra
y el dolor del canto errante
y el peso de las alas abrumadas de polvo
se convierten en el grumo diáfano
labrado en la sombra para contener
la infinita dulzura de la luz creadora.
Así te alzas, casa de mis abuelos.

Anchos ríos
que ciñen islas verdes
en cuyos árboles se posan
aves desterradas de lánguidos climas
conducen a tus puertas
la riqueza de regiones extrañas,
al balanceo de las barcas
que zozobran con la abundancia de frutos
como continentes ahogados
bajo el peso de un otoño excesivo.
Innumerables caminos,
labrados por la pesuña de las bestias,
parten desde tus murallas
como mensajeros de boca de oro
que celebran tu fuego
siempre encendido entre las piedras
del hogar; la bondad de tu vino
que se enfría debajo de los árboles
en el cántaro que se ofrece al cielo
como el vaso litúrgico
que contiene la sangre de un santo;

la pureza de tus aguas
que describen, sobre el césped inculto,
curvas ágiles como el salto de un galgo;
la paz de tus graneros
grávidos como el vientre
de una mujer que en las noches de estío
mulle el lecho con solo su cabellera;
tus viejas panoplias
hechas con las astas salvadas
en las hecatombes de bueyes,
y de donde cuelgan las armas
que dirimen contiendas forales
y despejan de alondras el cielo.
Así pregonan los caminos
tu vida fecunda,
tu próspera hacienda,
tu sencillez desnuda
olorosa a las hierbas saludables
que arraigan en el umbral de tus puertas.
Así cantan tu vida,
fuerte y alegre
como un casco de acero
donde se mece una pluma lánguida;
o como tus arados
en cuya reja amanecen los pájaros,
o como la frente de tus hombres
que, al salir de la noche,
se cubre de gloria como el cielo del alba.
Pero, muy adentro
en la cámara de robusto artesonado,
junto al lecho de pabellones oscuros,
sobre el estrado donde arden los braseros,
frente a las imágenes piadosas,
o en medio de los espejos antiguos
reparte su ademán sapiente
la flor de tu sangre,

la entraña de tu pueblo,
la palma de tu raza,
la raíz de tu tierra:
Eso eres, oh madre, bajo la fôca humilde
que te circunda de días.
Eres hermosa como un templo
edificado sobre una colina.
Las siete virtudes te coronan
como torres que defienden una ciudadela.
Tu corazón es equilibrio de fuerzas
como una cúpula.
La edad no ha llegado a tus sienes
y eres como una piedra
gastada por el sol únicamente en la base.
Tu delantal alegre
renueva sus flores dentro del agua
de modo que siempre vas envuelta
en un ligero verano.
Animas las cosas
como el mismo grito de júbilo
con que nos diste la vida.
La buena alegría
te ciñe de una zona dorada
como si estuviese detrás un ángel
inflamando la atmósfera con su vuelo.
Y pisas la tierra
con el pie de los árboles.
Por eso te sostienen los muertos
y por eso, ya vuelvas la frente
al lado de la noche,
o al lado del día,
te levantas como la columna firme
labrada en oro de la raza
y en bronce de la tierra.